

Italia: un concentrado de la historia mundial. Entrevista con David Broder

20 de octubre de 2021

David Broder, historiador especializado en el comunismo en Francia e Italia, ha publicado recientemente un breve libro titulado *First they took Rome*, editado por Verso. En él examina la trayectoria política de la Península en los últimos treinta años. Un libro eficaz y pertinente que va más allá de la imagen que con demasiada frecuencia se transmite de las "anomalías latinas".

Has escrito un librito muy eficaz sobre la Italia contemporánea, refutando los lugares comunes que a menudo se invocan sobre las "razones" de las dificultades que atraviesa la Península. El punto de partida, imagino, fueron las elecciones de marzo de 2018, pero tu ambición es mucho mayor. ¿Cuáles considera que son los elementos clave para entender cómo hemos llegado al desastre actual?

La forma en que los principales medios de comunicación italianos hablan del populismo de derechas no es tan diferente de lo que vemos en otros países occidentales: una historia de votantes de clase trabajadora, dejados atrás, perdedores de la globalización, etcétera, que se unen a fuerzas racistas de extrema derecha, quizás también impulsadas por las *Fake News*, las redes sociales, su "analfabetismo funcional", etcétera.

Mi libro pretende corregir esta narrativa de dos maneras principales. En primer lugar, mostrando que partidos como la Lega y Fratelli d'Italia, aunque tienen su propia cultura política e historia organizativa, radicalizan a menudo a italianos de los que cabría esperar que votaran a partidos de derechas. Que una región históricamente "roja" se vuelva verde para la Lega no significa que los antiguos votantes comunistas se hayan pasado a la extrema derecha. Y, por supuesto, siempre ha habido trabajadores de derechas, especialmente los que están estrechamente vinculados a sus empleadores en pequeñas empresas, gente

que no está sindicada, muchos de los que son chantajeados por el mercado negro, etcétera. También intento mostrar que la Lega, incluso bajo el liderazgo de Matteo Salvini, no es sólo reducible al racismo, sino que ha formado parte, desde principios de los 90, de un proyecto thatcheriano para dismantelar lo que considera el "corporativismo" de la Italia de posguerra y su constitución "católico-comunista".

Esto está relacionado con mi segundo punto: el giro a la derecha de la política italiana en las últimas tres décadas es una síntesis sorprendente de lo que le ocurre a una democracia una vez que desaparecen las instituciones del movimiento obrero, su horizonte ideal y su promesa. En Italia, esto sucedió de forma especialmente repentina, también por factores internos a la cultura del Partido Comunista y su relación con la caída del bloque del Este y el emergente proyecto europeo. Una y otra vez, en vísperas de elecciones, los liberales (ya sean líderes demócratas o iniciativas de base) intentan utilizar la amenaza de la extrema derecha para movilizar a la antigua base de izquierdas. Pero esto es cada vez menos eficaz, y los jóvenes italianos que no han experimentado ejemplos inspiradores de solidaridad de clase y acción colectiva con éxito son cada vez menos propensos a votar, por no hablar de implicarse realmente en política. Claro que hay algunos movimientos, pero éste es un país que tenía un Partido Comunista de 1,5 millones de miembros con el 30% de los votos hace sólo tres décadas, y ahora tiene una esfera pública desertizada y una gran coalición de liberales y extrema derecha.

Haces un análisis muy detallado de la situación económica en la Península desde los lejanos años setenta. ¿Cuáles cree que son sus principales características? ¿Son especiales? Si es así, ¿en qué sentido?

Cuando Mario Draghi fue nombrado Primer Ministro (sin ningún mandato popular, ni siquiera indirecto) en febrero de 2021, casi todos los medios de comunicación italianos e internacionales se extasiaron con la llegada de Super Mario para salvar la situación mediante un gasto masivo a través de préstamos del Fondo Europeo de Recuperación Económica. Pero como han señalado

Emiliano Brancaccio y otros, esto es una gota en el océano comparado con la caída del PIB durante la pandemia o con la deuda pública de 2,4 billones de euros que tenía Italia antes de la pandemia. Pero, ¿cuáles son las razones estructurales por las que Italia tuvo un PIB más bajo en 2019 que en 1999? ¿Cuáles son los factores detrás de la propia deuda?

Como sostengo en el libro, esta deuda tenía mucho menos que ver con "gobiernos derrochadores" o "sureños perezosos que malgastan su dinero" que con el daño causado a la economía italiana por su integración en el sistema monetario europeo a finales de la década de 1970. En esencia, este proyecto de la élite de europeizar Italia sobre la base de una moneda sobrevalorada (como afirmaron explícitamente personas como Mario Monti) equivalía a utilizar la austeridad permanente, primero para disciplinar a la clase trabajadora (un gran éxito), y después para modernizar su aparato productivo y su cultura empresarial (como dijo Federico Rampini de *La Repubblica*, una "germanización" de choque de Italia). Pero está claro que la eurozona no lo ha hecho: ha exacerbado los diferenciales de productividad e inversión y ha empujado a Italia a depender de los empleos poco cualificados y mal remunerados y del turismo (y, por tanto, de los alquileres), mientras que su capacidad industrial se ha reducido en torno a una cuarta parte.

Nada de esto es peculiar de Italia, aunque esté ocurriendo de diferentes maneras a través de las fronteras nacionales. Forma parte de un proyecto europeo que se ha utilizado en todas partes para afianzar e incluso codificar constitucionalmente normas neoliberales que reducen el espacio para políticas económicas alternativas, o incluso para una inversión pública seria.

Usted analiza el largo proceso de desintegración del "bloque burgués" en Italia. ¿Qué papel cree que han desempeñado el M5S y la Lega en esta particular configuración?

La idea del "bloque burgués" está perfectamente ilustrada por Stefano Palombarini y Bruno Amable, tanto en Francia como en Italia. En esencia, el

argumento es que existe un proyecto de élite para llevar a cabo reformas económicas estructurales, que sólo goza de un apoyo minoritario o pasivo entre la población en general. Esto requiere la creación de una fuerza política capaz de llevar a cabo estas reformas pase lo que pase -el bloque burgués-, de ahí la curiosa coexistencia en Italia de (1) décadas de intentos de reforma electoral encaminados a crear un sistema bipartidista que excluya a los partidos pequeños y (2) el auge de las alianzas entre los Demócratas y Berlusconi a través de la división izquierda-derecha, incluyendo, entre otras cosas, el apoyo a gobiernos "no partidistas" y tecnocráticos. Esto es lo que vimos durante la mayor parte de la década de 2010.

Los partidos que mencionas lograron un gran avance en las elecciones generales de 2018 porque prometían algo diferente a esta combinación centrista: la Lega se nutrió principalmente de simpatizantes de otros partidos de derechas con una dura línea antiinmigración, y el M5S en gran medida del tipo de italianos normalmente asociados con el centro-izquierda y/o no votantes, utilizando cierto asistencialismo tibio pero, de forma mucho más visible, un lenguaje dirigido a dar voz a los privados de derechos y no representados. Pero ninguno de ellos cuestiona en lo fundamental las reformas neoliberales impulsadas por el bloque burgués, e incluso en los meses previos a las elecciones de 2018 frenaron su anterior denuncia del euro. En el gobierno, no han estado en absoluto a la altura de la retórica "soberanista" en materia de política económica, aunque su participación en la Nueva ruta de la seda[1] habrá molestado a la administración Trump.

La Lega se ha presentado durante mucho tiempo como una "oposición al Gobierno", lo que significa que apoya las principales medidas del Gobierno al tiempo que utiliza medios mediáticos extravagantes para intentar afirmar su diferencia. El marchitamiento del partido de Berlusconi en la década de 2010 dio a Salvini la perspectiva de convertirse en el líder general de la coalición de centro-derecha, aunque la formación post-fascista Fratelli d'Italia está ahora desafiando fuertemente esa posición ahora que es la principal fuerza de oposición parlamentaria a la administración de Draghi. En cuanto al M5S,

mientras que en su primera década insistía regularmente en que "nunca" se uniría a coaliciones con "los partidos", en los últimos tres años ha formado todas las alianzas parlamentarias posibles y ahora forma parte de la administración Draghi, sin ninguna influencia a pesar de su masa de diputados y senadores. Me sorprendería que en las próximas elecciones generales obtuviera la mitad que en 2018. Así que el M5S fue más un epifenómeno de la impopularidad del bloque burgués que una fuerza capaz de desestabilizarlo de forma duradera.

Uno de sus capítulos se centra en particular en el PD y su distanciamiento cada vez más evidente de las clases trabajadoras, que a lo largo de los años lo ha convertido en el partido de la burguesía. ¿Se trata de una cuestión de personal político? ¿La herencia del PCI? ¿Transformación del mundo del trabajo? ¿Qué opinas?

A lo largo de la historia del PCI posterior a 1945, una tendencia -una corriente importante pero no hegemónica- intentó transformarlo en un "partido laborista" o, posteriormente, en una "socialdemocracia a la europea". Esta tendencia es anterior al eurocomunismo, presente en el pensamiento de figuras como Giorgio Amendola, pero se aceleró a finales de los años 70, también en relación específica con el proyecto de integración europea y el rechazo del PCI al socialismo del bloque del Este.

En pocas palabras, el problema es que el PCI se transformó en una fuerza socialdemócrata (cambiando su nombre en 1991) al final de la Guerra Fría, en un momento en que la "socialdemocracia europea" significaba cada vez más la Tercera Vía de Clinton y el Tratado de Maastricht. De hecho, al coincidir la disolución formal del PCI y la escisión de la izquierda con el optimismo neoliberal, el nuevo partido se identificó aún más unilateralmente con el social-liberalismo que partidos como el Laborista o el SPD, que conservaban elementos reformistas residuales. También hubo una tendencia a la autoflagelación, por ejemplo tragándose fábulas anticomunistas sobre malvados partisanos estalinistas que asesinaban a inocentes en el noreste de Italia.

La crisis de la Democracia Cristiana hizo aún más atractivo este salto hacia el centro liberal, y apoyando a primeros ministros tecnócratas y centristas (por ejemplo, Romano Prodi) e integrando antiguos fragmentos democristianos, el partido que finalmente se convirtió en el Partido Demócrata en 2007 pudo desprenderse de su base original. Es evidente que el declive general de la mano de obra industrial de masas facilitó este proceso -al debilitar el peso social de la izquierda obrera-, al igual que la retirada de la generación de la Resistencia de la vida pública en favor de un estrato de personal político de mucha menor calidad, encumbrado no como tribuno u organizador popular, sino como funcionario de partido con formación universitaria. Sin embargo, esta conclusión debe matizarse en dos sentidos.

En primer lugar, el propio centro-izquierda debe ser considerado responsable de una larga serie de medidas de austeridad y contrarreformas, que han acelerado la pulverización de esta clase trabajadora. Aunque no quiero culpar a nadie, el odio abierto hacia los sindicatos mostrado por Matteo Renzi superó con creces el de alguien como Tony Blair en su apogeo, y aunque Renzi se ha peleado ahora con los demócratas, no es como si hubiera habido muchas protestas al respecto por parte de los diputados demócratas en su momento.

En segundo lugar, no debemos tener una imagen estática o irenista de la "vieja clase obrera fordista" que en su día se organizó en el seno del PCI. El taller FIAT Mirafiori y las industrias conexas fueron sin duda importantes y un punto de referencia simbólico para un partido de clase. Pero el éxito del PCI siempre consistió en aglutinar a una base socialmente fragmentada -aparceros, habitantes de barrios marginales, artesanos, pequeños empresarios, intelectuales- en torno a una visión común que trascendía únicamente sus lugares de trabajo. La presencia de batallones de trabajadores en las "fortalezas rojas" ayudó a proyectar la idea del poder obrero, pero los anuncios de la "muerte de la clase obrera" eran en sí mismos un proyecto político.

Hay una cosa que falta en su libro, pero es cierto que no era el tema del mismo: ¿qué pasa con la llamada izquierda radical? Recordamos las

esperanzas suscitadas por Rifondazione Comunista en 2001; hoy estamos muy lejos de eso. Pero, ¿ve usted alguna luz al final del túnel? ¿Cuál sería el papel de esta izquierda?

La izquierda radical sólo representa una pequeña parte, porque no desempeña un papel importante en la política nacional. No está presente en el Parlamento: incluso los diputados más izquierdistas serían Verdes o partidos similares en otros países, y no tienen la dimensión de confrontación de Corbyn y Sanders, como vemos en la oposición extremadamente tibia a la administración Draghi, incluso de aquellos que no la apoyan activamente. Pero también -y esto está relacionado- los movimientos sociales no establecen líneas divisorias políticas en la sociedad en su conjunto.

Podríamos citar muchas iniciativas buenas y necesarias que podrían calificarse de contratendencias. En los últimos años, se han producido importantes manifestaciones feministas, en particular contra la violencia de género; un aumento de la organización de los trabajadores agrícolas, sobre todo entre los migrantes del África subsahariana en el centro-sur de Italia; la sindicalización de los trabajadores de Amazon y de las plataformas de reparto de alimentos; los esfuerzos de los activistas en solidaridad con los refugiados, a menudo en colaboración con las iglesias y las administraciones locales; o, si nos remontamos más atrás, el referéndum de 2011 contra la privatización del agua.

Pero creo que se dice demasiado a menudo que, a pesar de las muchas traiciones y fracasos de la política de partidos, la energía creativa de los movimientos desde abajo levantará todos los barcos. Por el contrario, en las dos últimas décadas, desde el apogeo de Rifondazione, el entorno de la izquierda radical se ha vuelto cada vez más culturalmente servil al liberalismo, menos crítico con el carácter fundamental y estructuralmente antidemocrático de la Unión Europea, y más alejado de la clase trabajadora y del estado de ánimo popular. Si en la década de 2000 Rifondazione tenía poca influencia en los gobiernos de centro-izquierda y ningún proyecto claro para el conjunto de la sociedad, desde entonces las campañas y luchas existentes se han integrado

aún menos en esa visión. Más bien, lo que prevalece es una desconfianza fundamental en la acción del Estado, o en la política parlamentaria como algo distinto del oportunismo y el tira y afloja de las élites (de lo que hay innumerables ejemplos).

Esta falta de un proyecto unificador se debe en parte al debilitamiento de los resortes del gobierno nacional. Pero se ve reforzada por las costumbres culturales dentro de la izquierda radical: una desconfianza obsesiva hacia la recuperación institucional y la centralización, combinada con el lenguaje elitista que suele acompañar a un movimiento derrotado que habla sobre todo de sí mismo. Esto es especialmente cierto en el entorno postoperaista, cuya representación en los medios de comunicación internacionales no se corresponde con los intereses de los italianos de clase trabajadora.

**¿Qué camino político cree que está tomando la experiencia italiana?
¿Tanto en términos de posibles alternativas como de los temores reales y fundados del ascenso de una extrema derecha que podría ser un puerto seguro para una burguesía atraída por el liberalismo autoritario?**

Creo que he empezado a responder a la primera pregunta, en el sentido de que la verdadera imagen que presenta es la de una democracia occidental sumida en un estancamiento económico a largo plazo, un debilitamiento de la soberanía nacional y una depresión de todas las formas de participación política de masas; en esencia, un vaciamiento de la propia democracia.

Hace poco participé en un debate en un podcast sobre qué país de la historia desde 1900 nos dice más sobre el mundo en su conjunto, y me decanté por Italia. No porque la experiencia de los italianos en el último siglo sea representativa de la humanidad en su conjunto -no lo es, en términos de sufrimiento, violencia colonial o privaciones. Sino más bien porque, desde la unificación en la década de 1860, el debate político y la vida intelectual italianos se han organizado generalmente en torno a la idea de "imitar" diversos modelos extranjeros de construcción del Estado, ya sea la Alemania guillermina, los imperios coloniales,

la democracia de consumo de masas al estilo estadounidense, la UE (o incluso, para una minoría, el socialismo soviético). Creo que lo que es diferente en la situación actual es que la UE y la hegemonía estadounidense están tan en crisis que les resulta difícil incluso proyectar un modelo a seguir, pero la mayoría de los italianos han perdido su entusiasmo por el proyecto europeo cuando no tienen una alternativa obvia.

En muchos países occidentales, podemos ver una reacción política, sobre todo a través de una creciente división política entre las generaciones mayores y los jóvenes que sienten que su futuro -lo que se les prometió- les ha sido robado. En cierto modo, el M5S ha expresado esta decepción, aunque haya sido lamentablemente ineficaz en el gobierno. No creo que podamos afirmar con certeza que la desilusión actual vaya a producir necesariamente un resultado mejor: puede simplemente conducir a la resignación, o a la atomización, y la elevada tasa de emigración es también muy reveladora en este sentido. En las próximas elecciones se producirá probablemente una mayor radicalización a la derecha, sobre todo con el ascenso de los Fratelli d'Italia, y un reforzamiento del autoritarismo, por ejemplo mediante la penalización de la "apología del totalitarismo comunista". Esto no es un efecto instrumental de la "necesidad" de la clase dominante italiana de formas autoritarias de gobierno, sino una combinación de la presión desde dentro de la base derechista y el hecho de que los gobiernos pueden ahora revertir fácilmente las conquistas pasadas del movimiento obrero.

Entrevista realizada por Stéfanie Prezioso.